

-261-

incunabile

PERIÓDICO SACERDOTAL

VOLUMEN VIII

Núm. 237 - Mayo 1969

Depósito legal: M. 677 - 1958

EN ESTE NUMERO:

- LA IGLESIA Y SU ACCION ACULTURANTE, por Antonio Roche Navarro (pp. 9-13).
- LA PARROQUIA DE LA ERA POSCONCILIAR, por P. Pedro Fernández, (páginas 19-21).
- MAS ALLA DE LA REPLICA, por J. Ramón Cermeño (pp. 22-23).



MEDITACION ANTE UN NOMBRAMIENTO

editorial

UNA revista de información religiosa, con proyección auténticamente mundial, hacía constar durante el Concilio un hecho: apenas le llegaban noticias de alguna importancia, fuera de Roma. En ausencia de los obispos la vida de las diócesis había quedado paralizada, las decisiones y hasta los mismos acontecimientos aguardaban su regreso. Eso que entonces pudo experimentarse a escala mundial, lo percibimos todos a escala diocesana ante la onda primaveral de energías e iniciativas que se produce a la llegada a una diócesis de un obispo valioso y entregado a su misión, o la trágica situación de las que tienen al frente un anciano o un apático. No sabemos lo que nos reservará el futuro. Todavía hoy el obispo es la pieza clave, sin la cual poco pueden el Consejo Presbiteral o el Pastoral, el Cabildo o la Curia.

A esta importancia «sociológica» vino a añadir el Concilio otras en planos más elevados. Subrayó con fuerza, por la sacramentalidad y la colegialidad, la trascendencia teológica del carácter episcopal, destacando su proyección universal y su auténtico perfil de plenitud del sacerdocio. Y señaló, con no menor intensidad, su doble aspecto de cabeza de una Iglesia particular y de solidario con la Iglesia del país y la del mundo entero, por sus responsabilidades de este orden y su inserción en instituciones (como la Conferencia Episcopal) llamadas a jugar un papel decisivo en la vida postconciliar.

Por eso un nombramiento episcopal tuvo siempre una importancia trascendental, y la tiene ahora mayor todavía. Los criterios que se adopten durante unos años, repercutirán luego, en «onda larga», durante muchos más. De que los nuevos obispos sean auténticos hombres de Dios, sobrenaturales y firmes en sus criterios, dinámicos en sus iniciativas, evangélicos en su trato, eficaces en sus actividades, o se queden en hábiles y diplomáticos, amigos de ir pasando, acomodaticios frente al mundo, flojos en su vida interior, depende mucho, casi todo, en el futuro de la Iglesia. Ellos la representan como nadie, y su suerte está en sus manos, también como en las de nadie. Su actividad y sus ejemplos tienen siempre, para bien o para mal, una resonancia que muy difícilmente alcanza la de un simple sacerdote, por grandes que sean sus cualidades.

De aquí que toda oración sea poca, todo interés insuficiente en materia tan delicada. De aquí también que todo gozo sea pequeño cuando se ve ascendido al orden episcopal a quien, por conocerle íntimamente, se puede

(Pasa a la página, 2.)

901-